

## 1939: la «falsa ruta» de los regionalistas catalanes

FRANCESC VILANOVA I VILA-ABADAL

(Fundació Carles Pi i Sunyer/Universitat Autònoma de Barcelona)

Cuando los regionalistas catalanes (los dirigentes de la Lliga Catalana y todos los elementos que se movían a su alrededor) regresaron a Barcelona, a partir de febrero de 1939, ya sabían perfectamente que la victoria franquista (la única posible para ellos, al menos si aspiraban a regresar a casa y recuperar los bienes y las propiedades) estaría acompañada de unos costes y una factura muy concretos: la liquidación de la autonomía catalana (avanzada en abril de 1938, en el momento que las tropas fascistas ocuparon Lleida) y de las instituciones del país (las políticas y, probablemente, culturales), la represión política, la prohibición de todo tipo de juego partidista e, incluso, la persecución del uso público de la lengua catalana, aunque todo ello fuera de forma limitada y por un período de tiempo prudencial, y la exclusión de los regionalistas de los principales centros de poder públicos (desde el gobierno a las diputaciones, pasando por todo tipo de organismos intermedios).

También sabían otra cosa: después de hacer balance de la situación (más allá de los inventarios de los bienes particulares y la constatación de que la mayoría de familiares habían sobrevivido a la guerra), todo empezaba otra vez. Febrero de 1939, con la finalización de la campaña militar de Cataluña, significaba el «año cero» del país y de la sociedad catalana. *La Vanguardia*, rebautizada como *La Vanguardia Española*, el portavoz más importante por donde se filtran las primeras tomas de posición de la burguesía catalana en el año 1939, le dio un valor simbólico a este «año cero». El 27 de enero, mientras los republicanos todavía estaban en las comarcas gerundenses, *La Vanguardia Española* anunciaba que el primer número del periódico, olvidadas «las horas de secuestro referidas» (los dos años y medio de guerra), y después de la «liberación» de Barcelona, era el 22.575, que habría correspondido al ejemplar del periódico del día

20 de julio de 1936 <sup>1</sup>. Francesc Cambó iba un poco más allá en este tipo de reflexiones: «...S'és acabada una etapa, la més trista de la historia d'Espanya, que no començá el 17 de juliol del 1936 sinó el 12 d'abril del 1931» <sup>2</sup>.

Quizá fue Carlos Sentís quien describió con mayor crudeza esta «recuperación» de Cataluña. Había terminado, escribía este antiguo colaborador de periódicos catalanistas como *La Publicitat* i *L'Instant*, la Cataluña de Durruti, de Companys, de Negrín, y su lugar era ocupado por «*la Cataluña real*, que diría vuestro y nuestro caro Charles Maurras, [donde] hoy, precisamente, empieza a amanecer» <sup>3</sup>. En esta «Cataluña real», «els catòlics podran practicar el seu culte públicament. Els propietaris podran recuperar el que era seu... o el que en resta», <sup>4</sup> aquellos mismos propietarios que «haviem vist amb horror com saltaven les sòlides muralles que havien defensat des de sempre la propietat» <sup>5</sup>.

La mayoría de los regionalistas catalanes aceptaban sin vacilar este «año cero». Todo tenía que empezar de nuevo, tenía que hacerse tabla rasa del pasado. La pesadilla había terminado y los ciudadanos eran conscientes, o tenían que serlo, de la que República había llevado a la guerra y a la revolución <sup>6</sup>. En definitiva, era el grito de alguien que escribía bajo el seudónimo «Mínimo Catalán»: «¡¡De aquello, nunca más!!» <sup>7</sup>. Para este colaborador del periódico, «el 19 de julio cerró definitivamente un período de decadencia, el último del movimiento catalán, con un broche de crimen y devastación, para sonrojo de los pocos catalanes que habían sentido noblemente aquel idealismo como algo creador y constructivo en beneficio de Cataluña y de España. Tan cierto es esto, que al día siguiente, o pocos días más tarde, cuando alguno de esos mismos catalanes se encontraban casualmente por la calle y comentaban la catástrofe a hurtadillas y en voz baja coincidían con rara unanimidad, sin necesidad de discusión

<sup>1</sup> «Decíamos ayer» (*La Vanguardia Española*, 27 de enero de 1939, pág. 4).

<sup>2</sup> FRANCESC CAMBÓ, *Meditacions. Dietari*, Ed. Alpha, Barcelona, 1982, vol. I, pág. 522. Casi no es necesario insistir que este argumento (la guerra civil empezó con la proclamación de la República) era compartido por la inmensa mayoría de los exiliados que regresaron a Cataluña en 1939.

<sup>3</sup> CARLOS SENTÍS, «¿"Finis Cataloniae"? El "fin" de una película de "gangsters", simplemente» (*La Vanguardia Española*, 17 de febrero de 1939).

<sup>4</sup> FRANCESC CAMBÓ, *Meditacions. Dietari*, vol. I, pág. 481.

<sup>5</sup> M. AURELIA CAPMANY, *Pedra de toc/2*, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1974, pág. 17.

<sup>6</sup> JOSEP M. TALLADA lo había escrito de forma muy explícita, cuando consideraba la República como «el primer paso del período revolucionario al que la victoriosa espada del Caudillo está poniendo fin» («Revisión de conductas. La incoscienza de la burguesía»; *La Vanguardia Española*, 8 de marzo de 1939).

<sup>7</sup> *La Vanguardia Española*, 13 de febrero de 1939.

previa, sin contacto anterior, ni muchos menos bajo consigna de partido alguno, en esta desesperada afirmación: ¡¡De aquello, nunca más!!»<sup>8</sup>.

El «año cero» no sólo fue una experiencia colectiva, que padecieron los vencidos y cambió decisivamente la trayectoria pública y privada de muchos de los vencedores; también significó unas transformaciones radicales en las vidas de los individuos, que comportaron unas muy duras reflexiones sobre el pasado y el presente. Este sería el caso de Raimon d'Abadal i Calderó (diputado, senador y presidente de la Lliga Catalana desde 1904 hasta su practica desaparación en 1936), que pudo regresar el 10 de agosto de 1939 y que, en sus reflexiones, mezclaba de forma inevitable sus pensamientos más personales con el balance de su trayectoria política durante los primeros cuarenta años del siglo: «És un enrenou tota la casa. Fusters i lampistes han desmuntat mobles i aparells. Som a la vigilia del canvi. És el moment en que es fan tangibles les conseqüències desastroses de la revolució marxista. He tingut de deixar de banda l'obra a que havia dedicat la meva vida. I ara tinc de deixar aquesta casa que havia edificat amb pretensions de permanència, per no dir de perennitat. Vanitat fonedissa de l'home. [...] El moment temut ha arribat. I no obstant, tant que el temia, m'arriba amb certa placidesa. Quasi més que amb placidesa, amb certa alegria. L'haver trobat aquesta [casa] devastada, profanada per les mans barroeres del salvatgisme, l'haver-hi viscut quasi amos forasters en sols tres o quatre habitacles, amb mobles que hi portaven els intrusos, els senyals que constantment hi trobo del pas dels bàrbars, en lo que hi falta i en lo que hi han deixat, em fa deixar la casa meva, la casa nostra, sense l'amargura que m'entrava al pensar en aquest moment. Vint-i-cinc anys de vida familiar en ella, amb tants records i tantes emocions, tantes alegries i també certes penes. Què hi fa! ¡No he hagut de borrar cinquanta anys d'història de la meva vida, amb tots els seus ideals i amb tota les se ves lluites per aconseguir-los? Doncs, davant d'aixo, és [com una?] sola fulla caiguda de l'arbre que deixo enrera al marxar dema d'aquesta casa?»<sup>9</sup>. El tener que dejar el domicilio (una torre situada en el barrio de Sant Gervasi, de Barcelona) donde había vivido desde comienzos de siglo significó que se hiciese « tangible el fracàs de tota la meva vida pública i de la meva vida passada »<sup>10</sup>. Pero la ocupación de Barcelona y, como consecuencia, el final de la campaña de Cataluña, significó que «una era nova comença»<sup>11</sup>.

---

<sup>8</sup> *Idem.*

<sup>9</sup> RAIMON D'ABADAL I CALDERÓ, *Dietari, 1936-1940* (11 de octubre de 1939); este dietario es un documento inédito, conservado por los herederos de Raimon d'Abadal, en el que Abadal reflejó todas las vicisitudes de su exilio en Italia durante la guerra civil y el regreso a Barcelona.

<sup>10</sup> *Idem* (12 de octubre de 1939).

Ésta era la percepción que podía tener cualquier regionalista que regresase a la ciudad en febrero de 1939: había que empezar de nuevo (rehacer los domicilios, los papeles, normalizar los negocios, recuperar los bienes y propiedades, etc.).<sup>12</sup> Pero este empezar de nuevo debería hacerse en un contexto muy diferente al que los regionalistas podían haber previsto en el verano u otoño de 1936. Los que, al empezar, la guerra se adhirieron a los sublevados y pensaron en algún momento que, al regresar a Cataluña, podrían ejercer un cierto protagonismo político y social (y me refiero, exclusivamente, a los regionalistas) tanto en Barcelona como, a un nivel superior, en España, se encontraron que no les quedaba el más mínimo margen de maniobra. Las opciones, a comienzos de 1939, se habían reducido a «adherirse a un règim que era profundament anticatalanista o abdicar de tota pretensió política i dedicar-se als seus negocis i prou»<sup>13</sup>. Pero los regionalistas catalanes no podían culpar al régimen franquista de esta situación.

Mucho más importante que el posicionamiento franquista ante el papel que se reservaba a los regionalistas catalanes (si se les reservaba alguno de específico), era la actitud de los mismos regionalistas al regresar a Barcelona. Y es en este punto que empezaron a hacer visible «la falsa ruta» que habían seguido en los últimos años. Dejando de lado casos poco relevantes y de segunda fila (como el de Carlos Sentis),<sup>14</sup> en las

<sup>11</sup> RAIMON D'ABADAL I CALDERÓ, *Idem* (26 de enero de 1940).

<sup>12</sup> Una de las actividades más importantes de RAIMON D'ABADAL I CALDERÓ, a lo largo de los años 1939 y 1940, fue regularizar la situación de su patrimonio familiar. De esta forma, se instaló durante largo tiempo (en agosto de 1939) en su «casa pairal», en la población de Moià, «cuidant només que de les coses de la propietat», o en Rup a (Alto Empord n), donde «he condonat els anys 36 al 38 i la gent ha pagat lo altre, quedant satisfets i els comptes nets per endavant. Potser sí que algú s'ha aprofitat de les circumstàncies i s'han fet diner durant els temps difícils; però tothom ha patit els tres anys de guerra i ens hem de repartir les conseq ncies...» (*idem*, 8 de octubre de 1940).

Por su parte, su sobrino, Ramón d'Abadal i de Vinyals hizo lo mismo con sus fincas en Vic (comarca de Osona). Otra de las actividades fue la visita a la jefatura de policia para intentar recuperar joyas y otros bienes que las autoridades franquistas habian requisado al ocupar Barcelona. En el año 1940, sabemos que, en tres ocasiones, hizo gestiones para recuperar bienes artísticos de su propiedad.

<sup>13</sup> BORJA DE RIQUER, «Rebuig, passivitat i suport, Actitud polítiques catalanes davant el primer franquisme (1939-1950)»; en DD.AA., *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1950)*, Ed. Crítica, Barcelona, 1990, pág. 182.

<sup>14</sup> CARLOS SENTIS provenia del mundo periodístico del catalanismo (*La Publicitat*) y del regionalismo (*L'Instant*), pero no era un elemento significativo de la publicistica regionalista de los años de la República. Pero durante las primeras semanas de la ocupación de Barcelona, firm  algunas de las mejores piezas periodísticas de la «nueva» prensa barcelonesa: «Retorno. Nos han dejado documentos en piedra» (*La Vanguardia Española*, 11 de febrero de 1939); el ya citado ««i"Finis Cataloniae"»...»; «Los empresarios de las guerras perdidas. Material de guerra de ida y vuelta» (*La Vanguardia Española*, 22 de febrero de 1939); «El principio y fin de la guerra. ¡Frente de Madrid!» (*La Vanguardia Española*, 9 de marzo de 1939); o «Tras las paredes inexpressivas de Madrid. Lucha fratricida entre caines» (*La Vanguardia Española*, 26 de marzo de 1939). Sentis

primeras semanas de la ocupación de Barcelona, en las filas regionalistas destacaron dos nombres: Josep M. Tallada y Ferran Valls i Taberner. Los dos, con la colaboración de otras plumas ilustres, catalanas o no, exigían públicamente una revisión del pasado más inmediato del regionalismo catalán y, por extensión, del papel de la burguesía catalana durante las primeras décadas del siglo, hasta que estalló la guerra. Ferran Valls (sobre el que me extenderé más adelante) fue, probablemente, quien llegó más lejos, pero Josep M. Tallada, con una producción escrita menos abundante, también quiso colaborar en esta tendencia revisionista.

El punto de encuentro de los planteamientos de Ferran Valls y Josep M. Tallada, fue el artículo ya citado del segundo, «Revisión de conductas. La inconsciencia de la burguesía»<sup>15</sup>. En este escrito, Tallada tomaba a Necker como justificación para intentar hacer un retrato paralelo, en primer lugar, de Jaume Carner, ministro de Hacienda bajo la presidencia de Manuel Azaña. Tallada consideraba que Necker y Carner se parecían en sus trayectorias respectivas y, sobre todo, y ésta era la esencia del artículo, habían trabajado (consciente o inconscientemente) a favor de la revolución:

[...] Su mayor semejanza [*entre Necker y Carner*] es, no obstante, el que ambos aceptaran, por patriotismo o por inconsciencia («chi lo sa») cubrir con sus nombres, con el prestigio de su vida anterior, los errores, las incoherencias y aun los atropellos que forzosamente acompañan a toda época revolucionaria. Si los debían de ver bien claros los peligros que corrían sus respectivos países, caídos en manos de irresponsables personajes de segunda categoría, pero ambos se imaginaban poder aún desviar el turbio torrente revolucionario para convertirlo en trasparente arroyuelo democrático, corriendo mansamente por paisajes de égloga.

---

demonstró una línea ideológica muy coherente durante años. Así, a comienzos de 1956, recordaba al periodista Manuel Brunet (con quien coincidió en *La Publicitat*, *Destino*, etc.) en el Ateneo Barcelonés, reunido con Manuel Sagnier, J. B. Solervicens, Ignacio Agustí y otros compañeros: «Si en los últimos años he visto poco a Brunet, un cierto número de ellos le vi de día y de noche. Hasta la claridad del alba algunas madrugadas en el Ateneo, en el "Studio", que algunos llamaban "la caverna". *Se cobijaba allí una reacción a la revolución amenazante...* [subrayado en el original]». Y más adelante, en el mismo artículo, Sentís explicaba como Manuel Brunet había encargado una misa en memoria de Sentís cuando «durante nuestra *guerra de Liberación* [subrayado en el original] leyó en un periódico de la zona roja la noticia alborozada de mi muerte» (CARLOS SENTÍS, «En la muerte de Manuel Brunet»; en *Destino*, núm. 963, enero de 1956).

<sup>15</sup> En pocas semanas de diferencia, Josep M. Tallada publicó varios artículos en *La Vanguardia Española*, además del ya citado: «Revisión de ideologías. Materialismo y espiritualismo en Economía» (18 de febrero de 1939); «Cuando el mundo estuvo al borde de la guerra» (23 de febrero de 1939); «Épocas de la historia» (15 de marzo de 1939); «Revisión de ideario. De la economía liberal a la economía dirigida» (23 de marzo de 1939); «Problemas de la nueva España. ¡Libros! ¡Libros!» (5 de abril de 1939); «Revisión de conductas. Por una solidaridad económica nacional» (16 de abril de 1939); «Italia, nuestra amiga» (21 de abril de 1939).

El artículo a que me refiero, <sup>16</sup> no llegó a publicarse. El Director del diario para que fue escrito, también era de los que creían que en aquellos momentos era preciso tolerar, encauzar y posibilitar —tres palabras de las se hizo abuso en aquel entonces—. Y yo hube de meditar, al producirse ese pequeño episodio en mi vida periodística, que la posición de aquellos hombres no era un caso aislado en la historia, sino que en todas épocas las clases conservadoras habían dado prueba de su inconsciencia, pero son numerosos los caballos de Troya que tales clases han dejado introducir en los muros de sus esencias ideológicas y de sus propias conveniencias.

El núcleo del artículo se encontraba, precisamente, en estos «caballos de Troya», que ya habían existido en la Grecia clásica y durante el imperio romano y que, siglos más tarde, tuvieron un papel muy destacado en plena Revolución francesa. Y era este ejemplo histórico, ante la inevitable citación de los ilustrados Voltaire, D'Alembert, etc., lo que permitía a Tallada entrar en materia: el papel de los intelectuales y los burgueses catalanes y españoles durante la República y la guerra. En España, según Tallada, habían existido dos grupos de intelectuales que coincidieron en los inicios de la República. Por una parte, había el «intelectualismo» «que entretenía su tiempo entre un destino burocrático y las murmuraciones de las peñas del Ateneo de Madrid —intelectualismo— del que era prototipo el covachuelista Azaña». Paralelamente, el grupo *Al Servicio de la República*, formado por médicos, escritores y filósofos, se dejó arrastrar por el «ambiente morbosos que envolvió a España a la caída de la Dictadura». Pero rápidamente el grupo se dio cuenta de por donde iba la República y sus integrantes dieron marcha atrás en el apoyo al regimen republicano. En Cataluña, añadía Tallada, «al lado del prestigio de estos intelectuales madrileños, sólo pudimos poner el ridículo grupito de Acció Catalana, cuya fama no traspasaba las peñas del Ateneo. Unos cuantos profesores de Universidad e hijos de grandes industriales jugaron a la revolución y publicaron periódicos disolventes azuzando a las masas a cuyo frente eran incapaces de ponerse». Después de aludir a Manuel Azaña y a aquellos que financiaron a la prensa madrileña que ensalzó a Azaña durante los años republicanos, Josep M. Tallada atacaba de frente el problema central del artículo: cómo los burgueses catalanes habían jugado con fuego y, al final, se habían quemado:

---

<sup>16</sup> El origen de «Revisión de conductas...», según Tallada, era un artículo anterior, «Los financieros de la Revolución», que estaba destinada a un «periódico de tipo burgués en que colaboraba» el autor durante la República.

Como última pincelada de este artículo, quisiera citar otro hecho que ya antes de la revolución había sido objeto de mis meditaciones. Existía en Barcelona un establecimiento particular de enseñanza, cuyo nombre coincidía con el de una conocida obra del filósofo mallorquín Raimundo Llull<sup>17</sup>. Con apariencia de novedades pedagógicas, muchas de las que contaban decenios de existencia, se atraía a los hijos de la confiada burguesía catalana. En dicho establecimiento se enseñaba justo la cantidad de religión necesaria a tranquilizar la conciencia de los que no necesitan mucho para tranquilizarse. El matiz ultracatalanista de los elementos directores del Colegio era también explotado para la atracción de los alumnos. Lo que hemos podido ir siguiendo en los últimos años los pasos de dichos directores acercándose en todo momento al sol que más caliente, entusiastas de Prat de la Riba en un tiempo, de Macia en otro, de la Lliga más tarde y finalmente de la Esquerra, y sabiéndose la clase de enseñanza cívica y social que allí se daba, nos horrorizamos al ver que sus padres, católicos y burgueses, confiaban a tales maestros la formación de sus hijos. Tengo datos para decir que muchos de sus ex alumnos ingresaron voluntarios en el ejército rojo, al que dieron buen número de oficiales.

Ojalá la convulsión que ahora se va extinguiendo haya servido de enseñanza a los burgueses e intelectuales españoles y de ejemplo a las clases altas de todo el mundo.

Esta era la parte final del artículo. Después de Necker, D'Alambert, Owen y Manuel Azaña, Josep M. Tallada llegaba al punto central de su pensamiento, atacaba de lleno al corazón de la burguesía barcelonesa y, por extensión, la catalana. La Mutua Escolar Blanquerna era un objetivo lógico para los franquistas, hasta el punto que fue clausurada, junto con la Escola Normal de Catalunya, «por su actuación antiespañola»<sup>18</sup>. Por sus

---

<sup>17</sup> Evidentemente, el autor se refería a la Mutua Escolar Blanquerna, institución educativa fundada en el año 1923 y dirigida por el pedagogo Alexandre Galí. La Mutua Escolar Blanquerna se convirtió, con los años, en uno de los centros escolares más representativos de la clase media barcelonesa. Curiosamente, a los pocos meses de que Tallada escribiera estas líneas, Jordi Maragall i Noble, «acompanyat del senyor Fontbona, viatjàrem en avió a Vitòria, el juny de 1939, per tal de demanar al Ministeri d'Educació que em permetés l'obertura de Blanquerna. Ens rebé mossèn Higini Anglès, que havia estat el conciliar de l'escola abans de la guerra civil. Ja a l'aeroport de Vitòria ens digué que l'escola Blanquerna potser seria autoritzada a obrir de nou les seves portes, que no ho fou; però que jo, com director, ni somiar-ho. Jo havia estat un dels deixebles predilectes dels doctors Joaquim Xirau i Jaume Serra Hüner, ambdós exiliats, i tenia un color netament republicà. Això era suficient per negar-me l'autorització. Ens ho digué més clar Alfonso García Valdecasas, el jurista que era subsecretari del Ministro» (JORDI MARAGALL I JAUME CARNER, «Exilis interiors i terceres vies»; en DD.AA., *Quaranta anys d'exilis (1939-1975). Memòria i història*, Edicions de la Fundació Carles Pi i Sunyer, Barcelona, 1993, págs. 126-127). Por otra parte, la Mutua Escolar, como institución, estaba afectada por un expediente de responsabilidades políticas, tramitado directamente en Madrid, por la Jefatura Superior Administrativa de Responsabilidades Políticas.

<sup>18</sup> «Hacia la rápida normalización de la vida escolar en Cataluña» (*La Vanguardia Española*, 10 de marzo de 1939).

aulas pasó lo más destacado de la clase media catalana y, sobre todo, barcelonesa. Una parte significativa de sus alumnos marchó de Cataluña en el verano de 1936 porque sus padres corrían peligro, o pensaban que lo corrían. Un grupo menos numeroso se quedó, pero antes de la guerra, durante la República, los alumnos de Blanquerna cubrieron un amplio espectro ideológico y sociológico que iba desde la Lliga Catalana hasta Esquerra Republicana, pasando por Acció Catalana y Unió Democrática, sectores católicos o simplemente catalanistas. ¿Contra quién apuntaba Josep M. Tallada? Apuntaba contra todo el mundo, contra el corazón de las clases medias catalanas, uno de los puntales del mundo regionalista de donde procedía el mismo Tallada. Desde esta perspectiva, debíase interpretar el artículo como un mensaje dirigido a los burgueses catalanes que se habían equivocado de camino, es decir, habían seguido una «falsa ruta», con todo lo que esto significaba apenas unas semanas después de terminada la guerra civil.

Evidentemente, la expresión «la falsa ruta» no es de Josep M. Tallada, aunque la línea argumental de su artículo iba en esta dirección. Fue un compañero suyo de partido, Ferran Valls i Taberner, quien «inmortalizó» la expresión, pero su significado no era nada original y, de hecho, al menos desde 1937, la prensa franquista había estado insistiendo en los errores de la burguesía catalana como una de las causas, sino la fundamental, de la derivación de la República hacia la guerra. Pero Ferran Valls tuvo el mérito de concretar un poco más y llenar de contenido esta expresión en el escenario y el momento más oportunos: en Barcelona, el 15 de febrero de 1939 <sup>19</sup>.

«La falsa ruta» tiene dos tipos de antecedentes o, dicho de otra manera, tiene una doble deuda. Por una parte, la posición personal de Ferran Valls durante la República (encontrado disciplinadamente en la Lliga Catalana, pero, a la vez, tomando distancias progresivamente), que cristalizaría en sus actividades durante la guerra, sobre todo la conocida «Misión cultural española que el Generalísimo Franco envió a América del Sur en otoño de 1937» <sup>20</sup>. La segunda deuda contraída por «La falsa ruta» es la literatura franquista de los años de la guerra, que insistía una y otra vez en el papel histórico de la burguesía catalana, sus errores y sus «extravíos».

<sup>19</sup> Publicado originariamente en *La Vanguardia Española*, el artículo fue incorporado, poco después, al libro *Reafirmación espiritual de España*, Ed. Juventud, Madrid-Barcelona, 1939, págs. 97-102.

<sup>20</sup> FERNANDO VALS TABERNER, *Reafirmación espiritual de España*, pág. 9.



Ferran Valls empezó a romper con el catalanismo, ámbito en el que militaba desde 1910, alrededor de 1934. Fue una evolución lenta, silenciosa, que tuvo una primera concreción, al menos para el público catalán de la época, en una antología de artículos de prensa que llevaba un título bastante explícito: *En les hores confuses*. Es «en aquelles planes [on] trobem la llavor de tot el que escrigué i predica després»<sup>21</sup>; pero más concretamente, la expresión de este cambio de actitud quedó reflejada en el artículo «Revisionisme», escrito en agosto de 1934, que «marca un punt crucial, i que degué ésser-li dolorós, en l'evolució d'En Valls-Taberner»<sup>22</sup>. Valls empezaba preguntándose si el nacionalismo catalán era realmente positivo para el país, o bien había sido «una funesta pertorbació en la nostra consciencia col•lectiva». La cuestión era pertinente si se enfocaba desde una posición más global: la revisión, necesaria por otra parte, de la doctrina catalanista de Prat de la Riba, aunque Valls le reconocía la categoría de gran hombre de gobierno, «evidentment el millor que ha tingut de molts segles el nostre poble». El argumento central, tomando a Prat de la Riba como pretexto, era distinguir entre nacionalismo y patriotismo, o, en otras palabras, entre el sentimiento (el patriotismo, el catalanismo) y «la teoría, la construcción doctrinal» (el nacionalismo). El sentimiento no es discutible por la razón, pero, en cambio, el nacionalismo («el principio de las nacionalidades», la autonomía, etc.) y las ideas nacionalistas «solen produir [...] un desvari exaltat, un furor intemperant, una passió revolucionaria, fautora a vegades (Europa n'ha estat dolorosament la víctima) de crims execrables, d'agitacions convulsives o de conflagracions tràgiques». Considerando, pues, que era el momento de hacer un repaso de los nacionalismos, Valls proponía hacer un examen del nacionalismo catalán; si las consecuencias prácticas del nacionalismo catalán, escribía Ferran Valls, habían sido perjudiciales, «no tenim més remei que canviar les premisses. En comptes d'entossudir-nos en una dèria convé que retornem a la nostra política un sa empirisme que ens preservi de l'enquimerament i de la pedanteria. Haurem d'esborrar del nostre ideari el que impliqui practica concomitància i estreta conexió amb la nefasta cabòria federal; haurem de rebutjar la mania d'un estatisme català que redunda de fet en major perjudici del nostre país, com sigui que arriba fàcilment a ofegar més la pròpia espontaneïtat social i a dificultar en major grau el normal funcionament de les seves energies naturals. Havem de corregir decidida-

---

<sup>21</sup> JORDI RUBIÓ I BALAGUER, «Ferran Valls i Taberner vist per un company d'estudis»; en *Metres companys i amics*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991, pág. 134.

<sup>22</sup> *Idem*.

ment entre desviacions del sentiment col·lectiu i hem de redreçar l'esperit públic a base d'extirpar-ne tots els factors psicològics de disgregació política i social, tots els germens intel·lectuals de subversió i de desordre, totes les fantasies independentistes i tots els altres artificis mentals perniciosos. Ens cal, crec jo, tenir en compte que el catalanisme, com a opinió política, com a tendència política, no ho és tot, ni és abans que tot. Som ja al moment, en opinió meua, en que ha d'ésser revisada i rectificada en el que calgui la doctrina últimament admesa com l'expressió més adequada i perfecta del catalanisme, si es vol salvar el sentit vital i la millor tradició d'aquest i evitar la ruina del país. Es precis també salvar dintre Catalunya el sentiment ancestral del patriotisme espanyol, considerat com ampliació natural i complement necessari del patriotisme català».

La revisió que proposava Ferran Valls no era una novetat en la producció político-literaria de este autor. En febrero de 1934, en un artículo titulado «El catalanisme d'Aribau»<sup>23</sup>, Valls ya distinguía entre el sentimiento catalanista y «les formulacions polítiques determinades» y avisaba del peligro de «empetir i ressecar» el sentimiento catalanista si se lo confundía «amb qualsevulla fórmula concreta i determinada d'autonomia o amb la radical obcecació secessionista». Y unos días antes, planteaba cuales tenía que ser los ideales necesarios para «contrarestar decididamente aquellas morbosidades perniciosas que estan infestant el nostre poble [...]: el catalanisme, l'espanyolisme i el catolicisme»<sup>24</sup>.

Con estos antecedentes, en cierto manera «La falsa ruta» debe leerse como la culminación de una trayectoria coherente de un dirigente regionalista que, en el año 1935, «ha deixat de tenir el paper preponderant que tingué en els inicis de la República»<sup>25</sup> en la dirección del partido, fue decantándose cada vez más hacia posiciones derechistas y que, en definitiva, terminará fuera, como Josep M. Tallada, del ámbito regionalista, tanto en términos políticos como ideológicos. Este desmarque se pondrá en evidencia durante la guerra civil, cuando Valls toma una posición casi absentista con respecto a las iniciativas que Francesc Cambó puso en marcha para apoyar a los sublevados. Este distanciamiento de la Lliga no quita representatividad a lo que escribió ni le aísla del contexto en donde

<sup>23</sup> Publicado inicialmente en *La Vanguardia* (27 de febrero de 1934) y reproducido en *En les hores confuses*, págs. 51-54.

<sup>24</sup> «Laïcisme, marxisme, separatisme», publicado inicialmente, y en español, en *El Debate* (14 febrero 1934), y reproducido en *En les hores confuses*, págs. 48-51 (ya cita corresponde a las págs. 49-50).

<sup>25</sup> ISIDRE MOLAS, *Lliga Catalana*, Ed. 62, Barcelona, 1974, vol. II, pág. 42.

lo escribió. Aunque poco tiempo después no lo pareciese, Ferran Valls, al escribir sobre «la falsa ruta», no lo hacía a título individual, sino que prestaba su firma a muchos antiguos regionalistas que, en los meses posteriores al final de la guerra, interpretaban el conflicto bélico como la consecuencia de una «revolución republicana» y de los errores de los propios regionalistas. Lo que escribió Ferran Valls era el reflejo de un estado de ánimo bastante extendido entre los antiguos regionalistas. Probablemente, muchos regionalistas no lo habrían puesto por escrito en los términos que lo hizo Valls, con la misma crudeza, pero es muy probable que coincidirían con el fondo del artículo. De hecho, ya desde que los frentes de guerra se estabilizaron y la situación política en las dos zonas permitió ver que el conflicto sería largo (y que, en la zona republicana, el gobierno no podía poner bajo control a la «revolución»), los regionalistas, los católicos y algunos republicanos moderados empezaron a plantear la necesidad de una cierta autocrítica, de una revisión del papel de cada uno en vísperas de la guerra. En el mundo de la Lliga, se trataría de ver, siempre en condicional, si este partido político había tenido alguna responsabilidad en el proceso que desencadenó el conflicto. En palabras de Raimon d'Abadal, «tots estem obligats, ja que som part del poble culpable, a fer el possible per la reparació de les seves culpes, que'ns toquen de tan [a] prop, si no és que hi tinguem també la nostra part»<sup>26</sup>. Hay que decir que esta generosa propuesta de Raimon d'Abadal no tuvo eco ninguno.

Ferran Valls había hecho una evolución ideológica muy personal dentro de la Lliga y, ya durante la guerra, se desmarcó muy rápidamente de todo aquello que no fuesen «adhesiones inquebrantables». El regionalismo de la Lliga, en la medida que pertenecía a un período histórico ya pasado, no tenía ninguna opción de futuro en el nuevo régimen. En este sentido, Valls al menos fue más lúcido que Francesc Cambó, Joan Estelrich u otros dirigentes de la Lliga, que imaginaron la posibilidad de crear un espacio político propio dentro del régimen franquista. En el Nuevo Estado, el catalanismo en su versión más moderada se consideraría como una reliquia de un pasado contra el que, precisamente, se había hecho la guerra.

«La falsa ruta» empezaba siendo un repaso obligado sobre todo lo que había acontecido. Todos aquellos, escribía Ferran Valls, que habían tenido cargos públicos en el pasado, «tenemos la obligación de hablar clara y

---

<sup>26</sup> Carta de Raimon d'Abadal a Ferran Valls, 27 de febrero de 1937; reproducida en J. SOBREQÜÉS, M. J. PELÀEZ; F. VILANOVA; M. TOMÁS, *Epistolari de Raimon d'Abadal i Calderó amb Ramon d'Abadal i de Vinsyals i Ferran Valls i Taberner: 1908-1940*, PPU, Barcelona, 1992, pág. 145.

francamente a nuestros paisanos, de proclamar ante ellos la verdad a través de tantas experiencias dolorosas vislumbradas». Esta «verdad vislumbrada» era muy sencilla: «la trayectoria política de Cataluña en los últimos decenios del siglo XIX y en lo que llevamos del siglo presente, pueden resumirse en esta opinión: *Cataluña ha seguido una falsa ruta y ha llegado en gran parte a ser víctima de su propio extravío. Esta falsa ruta ha sido el nacionalismo catalán*». Pocas frases se hicieron más célebres en la posguerra, a parte de éstas. Ferran Valls, con estas frases, consiguió ponerse por completo fuera de juego con respecto al marco social y cultural en el que había desarrollado toda su actividad intelectual hasta 1936. A partir de aquí, de la definición exacta de la «falsa ruta», el resto venía por sí sólo:

[...] En la propagación de un subversivismo, cada vez más acentuado y más extendido por el cuerpo social de España, y que llegó por fin a producir la gran catástrofe, en la que hemos estado a punto de sucumbir para siempre, casi todos tuvimos parte. [...] Lo que creo de mi deber señalar, en este momento de salvación, a mis paisanos, como oportuna y saludable advertencia dirigida a ellos por un conocedor del asunto, es que uno de los factores de subversión, cuya reaparición se debe evitar decididamente, ha sido el catalanismo político, y aun, para simplificar la denominación, diremos el catalanismo a secas. Este ha constituido la falsa ruta de la Cataluña contemporánea.

Catalanismo no ha resultado lo mismo que amor a Cataluña, aunque de buena fe aparecieran a muchos, en otro tiempo, uno y otro como cosas idénticas. Escrutando hoy el pasado próximo, podemos darnos cuenta, si la pasión o la terquedad no enturbian nuestra mente, de que el catalanismo, en su actuación política, contribuyó poderosamente al desarrollo del subversivismo en Cataluña, llevándolo hasta las capas sociales superiores...

Lo más importante de estos dos párrafos era el ataque frontal a los regionalistas, en la medida que éstos también «tuvimos parte» en alimentar la subversión y, aunque habían formado parte de «las capas sociales superiores», habían permitido, o no habían podido evitar, que la subversión catalanista afectase también a los burgueses catalanes. Pero todavía había más alusiones a los regionalistas, como la que se autoengañaron, de «buena fe», porque el «catalanismo no ha resultado lo mismo que amor a Cataluña»; y aún había otra, que habían sido unos ingenuos: «lo que tuvo también de idealidad, desviada sin duda, pero llena de ingenuas ilusiones, lo que haya representado en cuanto a anhelos de reforma y de perfección, bien que exaltados y turbulentos, todo ello ha sido ignominiosamente prostituido y sacrificado en estos últimos años. Lo que, en medio de la equivocación general, hubiese en él de nobles ansias renovadoras y de esencias tradicionales, ha sido muerto últimamente por los corifeos

separatistas, y a consecuencia de ello el catalanismo es hoy un cadáver. Para el bien de Cataluña y de España entera no lo podemos de ningún modo dejar insepulto». Para finalizar, subrayaba Ferran Valls, «es necesario que la rectificación, la contrición y la enmienda marquen una nueva orientación de la vida de Cataluña, reincorporada a España definitivamente». Para conseguir esta reincorporación «deben, pues, cooperar todos los catalanes efusivamente y con la mínima lealtad; sin reservas, sin recelos y sin regateos de ningún género»; es decir, una «adhesión inquebrantable».

Llegados a este punto, Ferran Valls actuaba como portavoz del nuevo régimen: o «adhesiones inquebrantables» o nada. No había término medio. El artículo estaba pensado y dedicado a la burguesía catalana porque los vencidos no necesitaban este tipo de discursos; con el de la represión ya tenían suficiente. En cambio, había un grupo social que demostraba unas ciertas reticencias a alinearse incondicionalmente del lado del Nuevo Estado. Esta reticencia no quería decir oposición, en absoluto; sólo significaba matizar la acción del régimen franquista en Cataluña: un mayor peso público para los regionalistas, un cierto respeto a la lengua catalana, la desaparición de los aspectos más burdos del régimen. Ferran Valls, convertido en el portavoz de las nuevas autoridades, había desenterrado las principales acusaciones contra la burguesía catalana («extravío», «falsa ruta», ingenuidad, impotencia, etc.) y la había enfrentado a la única salida posible: la «adhesión inquebrantable» y/o el silencio, a cambio de la recuperación de las propiedades y el poder económico.

«La falsa ruta» y los otros trabajos recogidos en *Reafirmación espiritual de España*, no es una reacción del momento, un desliz ideológico de Ferran Valls. Al contrario, al lado de la trayectoria personal, «La falsa ruta» tenía una deuda con la literatura franquista que, desde prácticamente el estallido de la guerra, había exigido una revisión a fondo de la conducta histórica del catalanismo. Esta literatura podía encarnarse, por ejemplo, en fragmentos como el siguiente: «Terminará la guerra y Cataluña volverá obediente y sumisa al servicio de los altos designios hispánicos. La lección habrá domeñado su orgullo y desvanecido su vanidad injusta»<sup>27</sup>. Pero al lado de estas invectivas, había otras que apuntaban a responsables concretos, entre ellos la Lliga, un modo muy poco sutil de dar a conocer la opinión que se tenía de los regionalistas y, sobre todo, de señalar las

---

<sup>27</sup> «La megalomanía del catalinismo» (*ABC Sevilla*, 10 de febrero de 1937); artículo citado en JOSEP BENET. *Catalunya sota el règim franquista*, Ed. Blume, Barcelona, 1979, pág. 408.

responsabilidades que se les atribuían: «...Todo el catalanismo de la Lliga y de la Esquerra no ha servido más que para deformar la personalidad catalana, tan normalmente inserta en la unidad española. El catalanismo, que, después de todo, no era más que rambismo, fatua hinchazón provinciana, había empequeñecido el aliento del pueblo catalán, al intentar separarlo de la gran comunidad española. [...] Una burguesía improvisada se dio pe-  
tulantemente a falsificar la historia y a empobrecer —creyendo enriquecerla— el alma catalana. [...] El catalanismo dejaba sin defensas orgánicas a Cataluña y Barcelona era la vía abierta a todas las infecciones ideológicas que amenazaban y aún amenazan la civilización occidental...»<sup>28</sup>.

Aparte de buscar y señalar a los responsables del separatismo catalán, había una segunda obsesión en toda esta literatura, que conectaba directamente con Ferran Valls: la cuestión del «desvío», el «extravío» catalanista en definitiva, «la falsa ruta». El argumento era muy sencillo: Cataluña, plenamente insertada en la «unidad nacional», en cierto momento empieza a desviarse peligrosamente, toma un camino equivocado que lleva, inevitablemente a la guerra civil:

[...] Cataluña tenía una ruta marcada por la naturaleza, por la historia y —con gran razón para los que no entienden de espiritualidad— por la propia conveniencia de los intereses materiales. Y esta ruta inalterable no era sino la de una indestructible unidad nacional, al servicio de España y de su grandeza.

Pero los mediocres —la plaga más terrible que hemos padecido los españoles en muchos lustros— inventaron de acuerdo con los campeones del odio, una ficción nacionalista minúscula, de la que había de salir la mayor de las aberraciones. Porque, en el fondo, el separatismo de una buena parte de quienes lo predicaron, no era sino convicción de mediocridad y afán desasegado de lucimiento. Sabían que sus posibilidades políticas no iban más allá de una alcaldía de barrio no demasiado populoso y sentían en su interior todos los orgullos de un nonnato ministro<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> «Cataluña por la unidad española» (*El Correo Español-El Pueblo Vasco*, Bilbao, 29 de diciembre de 1938); citado en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, págs. 191-192.

<sup>29</sup> *El Correo Catalán*, 22 de febrero de 1939 (citado en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, págs. 215-216). Unos meses más tarde, alguien recordaba la figura del presidente de la Diputación de Barcelona, el conde de Montseny, «que ha sabido interpretar admirablemente la voluntad de nuestro pueblo, que con la triste experiencia de unas *desatinadas aventuras* [el subrayado es mío] a las que le lanzaron *sus viejos políticos* [idem], pone hoy todos sus esfuerzos y todo su amor en aquellos hombres patriotas que, como nuestro Presidente de la Diputación, *le señalaron siempre los caminos de la prosperidad y del honor...* [idem]» («Cataluña ganada para España y para el mundo», *Hoja Provincial de la Provincia de Barcelona*, 19 de junio de 1939; citado en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, págs. 274-275). La mención a los «viejos políticos» también incluía, además de los republicanos y otros dirigentes de la izquierda, a los «viejos políticos» regionalistas que no habrían actuado con suficiente energía, debido quizá a sus

La metáfora del camino equivocado no fue un argumento literario exclusivo de las primeras semanas, o de los primeros meses, de la ocupación franquista de Cataluña. En la celebración del primer aniversario de la «liberación» de Barcelona, el balance que se hizo de la situación era prácticamente el mismo (el fin de un ciclo histórico, el regreso al camino correcto...) con unos añadidos muy significativos, en la medida que apuntaban, otra vez, a la responsabilidad del «farisaico separatismo de guante blanco [...] los separatismos mansos, difusos y terribles que a la República precedieron...»<sup>30</sup>. Y todavía, en el año 1945, Bartolomé Barba, gobernador civil de Barcelona, hacía referencia a los «desvíos» del catalanismo, respondiendo a una pregunta obligada en aquellos momentos: «¿Es cierto que existe el problema catalán? No veo que exista el llamado problema catalán. Frecuentes incomprendimientos y desvíos, lo mismo que la ignorancia, que es la peor de las injusticias, han venido a envenenar la cuestión. Quizá todo esto no sea ya más que una vieja historia venturosamente superada»<sup>31</sup>.

Todos estos extractos y citas formaban la periferia literaria de «La falsa ruta», daban vueltas a su alrededor o eran muestras independientes de una misma literatura política e ideológica. Pero el artículo de Ferran Valls era el heredero de otro, mucho más extenso y denso de contenido, publicado en Bilbao el 28 de enero de 1939, cuyo autor era José Félix de Lequerica, alcalde de la ciudad en aquellos momentos. En «La liberación de Barcelona. Un aspecto político»<sup>32</sup>, Lequerica atacaba con gran dureza a la burguesía catalana, y lo hacía de una forma contundente: «El mismo ejército que asaltó la redacción del *Cu-Cut* en 1905 rompió ayer las murallas —metafóricas— de Barcelona para liberar a los burgueses financiadores de aquel triste semanario catalanista». A partir de este punto, iba repitiendo los argumentos más o menos conocidos e insistía en el camino equivocado de los regiona-

---

equivocaciones, par evitar «las desatinadas aventuras». Por su parte, Ramón Serrano Suñer era muy explícito en el momento de atribuir responsabilidades a los diferentes grupos sociales catalanes. Ante una concentración de ciudadanos en Zaragoza, convocados para celebrar la «liberación» de Barcelona, Serrano Suñer anunciaba «la derrota de una Cataluña soberbia, mezquina y provincial que ha tenido un sentido demasiado mezquino y primario de patriotismo con un sentido nacionalista antiespañol alimentado de una frágil literatura romántica y apoyada por una burguesía de una mentalidad investida de petulancia» [el subrayado es mío] (citado en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, pág. 202).

<sup>30</sup> «Cuando la unidad se rescató...» (*La Vanguardia Española*, 26 de enero de 1940); citado en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, pág. 409).

<sup>31</sup> «Unas declaraciones del Excmo. Sr. Gobernador Civil de Barcelona» (*Destino*, 8 de septiembre de 1945).

<sup>32</sup> *El Correo Español-El Pueblo Vasco*, 28 de enero de 1939; reproducido íntegramente en *La Vanguardia Española*. 12 de febrero de 1939, y en JOSEP BENET, *Catalunya sota el règim franquista*, págs. 204-209.

listas: «Partían de un desatinado concepto histórico, fabricado en todas sus piezas los cincuenta últimos años, según el cual Cataluña, o no era una parte esencial de España o lo era sólo por razones tan glaciales, interesadas y de pura circunstancia, que en semejante forma más valía no siguiera siéndolo. De la coincidencia con un momento de abatimiento español y de la inflada conciencia de sus capacidades y creaciones indiscutibles, y del profundo abatimiento nobilísimo de amor a lo propio comarcal, había surgido este extraño concepto. Y por su origen burgués, derechista ordenado, religioso, y por la calidad de los hombres —capaces y movidos— encargados de su servicio, y por la anemia del sentido nacional de todos los partidos españoles encargados de la resistencia patriótica, pudo colocarse este llamado problema catalán tan en el centro de la vida española, impedir tanta cosa útil y auxiliar tantas subversiones que a él —con su faceta, la vulgar secuela vascongada— se debe en gran parte la catástrofe española...». Lequerica seguía explicando «cuanto había de subversivo en el movimiento de autonomía catalana» y se detenía un momento a hablar de aquellos que se salvaban en el nuevo orden cultural, porque «han mantenido o han acabado por seguir una línea de normalidad nacional: Eugenio d'Ors, José Pla, Fernando Valls, Lorenzo Riber...». En todo aquel amplio y extenso artículo no había cosa más significativa que estos nombres, los más representativos de la «Cataluña conservadora», que no falangistas en sentido estricto, que había respirado tranquila cuando vio que el franquismo significaba, en primer lugar, la garantía de orden público y el respeto a la propiedad privada. Esta «Cataluña conservadora», significativamente, «podía ser Josep Pla, podía ser Ferran Valls i Taberner, podía ser X.X i X.»<sup>33</sup>; podía ser también, siempre en el ámbito cultural, la Junta del Ateneu Barcelonès, constituida en abril de 1939:

Presidente: Ignacio Despujol; Luis Gutiérrez Santamarina. Vicepresidente: Juan Pérez-Sureda. Secretario: Augusto Matons. Vicesecretario: Antonio Navarro Sedó. Tesorero: Eduardo Boixaderas. Contador: Miguel Gallard Duboca. Bibliotecario: Fernando Valls Taberner. Conservador del edificio: Carlos Fages de Climent. Vocales: Ignacio Agustí, José M. Junyent, Juan R. Masoliver, Santiago Nadal, Pedro Pruna, Javier de Salas, Carlos Sentís, Rvdo. O. José Vives<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> M. AURÉLIA CAPMANY, *Pedra de toc/2*, pág. 17. Según esta escritora, José Pla representaba una «ideología que consideró responsable de totes les claudicacions i misèries de la col·lectivitat on visc. [...] M'imagino que temps a venir els seus textos es podran fer servir de test per a determinar l'esperit reaccionari i autoritarista» (*idem*, pág. 107).

<sup>34</sup> *Solidaridad Nacional*, 6 de abril de 1939; reproducido en JOAN M. THOMAS, *Falange, guerra civil, franquisme*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992, pág. 400. Una informació complementaria sobre algunos de los personajes integrantes de la junta del Ateneu, los más vinculados a *Destino*, en JOSEP M. HUERTAS I CARLES GELI, *Les tres vides de Destino*, Col·legi de Periodistes/Diputació de Barcelona, 1990.



Esta gente, proveniente del falangismo, de *Destino*, con algunas derivaciones regionalistas, era el grupo director de cualquier tipo de política cultural que se quisiera poner en práctica en Barcelona. Difícilmente, muchos de los hombres de la antigua Lliga, entre ellos Ramon d'Abadal, Josep Puig i Cadafalch, Joan Estelrich, por citar sólo tres nombres, podían sentirse identificados con estos grupos directivos, al menos los más virulentamente falangistas, los más grotescamente fascistas. Esto no quiere decir que no se les ofreciesen posibilidades de participar en los nuevos proyectos culturales del franquismo triunfante (porque, aunque no lo pareciese, existía un cierto proyecto cultural para Cataluña), pero la mayoría de intelectuales regionalistas que habían callado en 1939, optó por el silencio discreto o un cierto grado de compromiso con estructuras clandestinas que, lentamente, se iban organizando. Después de aceptar los errores que acarrió «la falsa ruta» del regionalismo, después de descubrir las exactas dimensiones del proyecto franquista para Cataluña, a algunos regionalistas sólo les quedó el recurso del silencio o, ya a partir de los años cincuenta, la «aventura» monárquica de don Juan de Borbón, que les permitió reivindicar el primer proyecto regionalista, el de Enric Prat de la Riba y la Mancomunitat. Pero nunca más volverían a recordar el camino hecho durante la Segunda República. Éste fue un error que pagaron muy caro (no tanto como los republicanos, evidentemente) y que intentaron borrar de su memoria histórica.